

REVISTA PENÉLOPE EVOLUCIÓN HISTÓRICA Y LITERARIA DESDE LA ANTIGÜEDAD



PENÉLOPE

Depósito Legal: J 696-2013

Editada en Jaén (España) por **Encarnación Sánchez Arenas**

ISSN: 2341-0086

Revista Penélope

Miembros del consejo de redacción:

- YOLANDACABALLERO ACEITUNO
- MANUEL GAHETE JURADO
- JUAN RAEZ PADILLA
- CLAUDIA SÁNCHEZ PÉREZ
- AKRAM JAWAD THANOON
- GENARA PULIDO TIRADO
- RACHIDA GHARRAFI
- JOSÉ SARRIÁ CUEVAS
- AMIRA DEBBABI
- BOUCHRAIL ECHCHAOUI
- ISABEL OLIVER GONZÁLEZ
- DIRECTORA: **ENCARNACIÓN SÁNCHEZ ARENAS**

14ª Edición: diciembre del 2026

Enlace a la página Web: <http://www.revistapenelope.com>

Email: encarnacion.sanchez.arenas@gmail.com

Teléfono de contacto: 617 91 87 97

Relato
de
Mar García Paredes

LA BANDERA DE ALGUIEN

Mar García Paredes
alamartres@gmail.com

Todos los días, camino del colegio, cuando mi hermana y yo pasábamos por la Calle Desventura, automáticamente, como si una mano invisible nos diera el alto, nos deteníamos en el número veintidós y mirábamos hacia arriba. La casona, desvencijada y, según creíamos, abandonada, lucía en su fachada un balcón de barrotes mohosos de los que colgaba, totalmente ajada y descolorida, una bandera.

Llevábamos tiempo elucubrando sobre la siniestra vivienda, cuya propiedad lo mismo atribuíamos a un ogro, que a una bruja o, para más ingenio, a una familia de espíritus; lo único que nos descuadraba era la bandera. Mi hermana Eva, que tenía diez años —dos menos que yo— se moría de miedo con las historias que me inventaba, pero, a la vez, me animaba a seguir contando.

Un día desapacible de viento y lluvia, en el que se produjo en el colegio un escape de gas en las cocinas y nos echaron dos horas antes para casa, nos encontramos con que el portón de la casona se hallaba semi abierto. Mi hermana se me echó al cuello.

—¡María, que está abierta, está abierta! —repetía con un hilo de voz chillona.

Nos miramos y, sin decirnos nada, como dos autómatas atraídos por un poder superior, nos dirigimos hacia ella. Muy despacito comenzamos a empujarla, y un chirriar de bisagras consiguió que casi muriera ahogada por las manos agarrotadas de mi hermana alrededor mi cuello.

Aunque entonces no supe ponerle nombre al olor de aquella casa, ahora sé que olía a humedad, a soledad, a vacío; sin importar el hecho de que se encontraba abarrotada de muebles. En una especie de semioscuridad, realizamos el primer vistazo. El mobiliario, que parecía haber sido víctima de una nevada, resurgía con un color casi negro al paso de mis dedos sobre su superficie. Las telarañas decoraban casi todo el espacio, suspendidas de paredes, techos y lámparas. El amarillo de nuestros impermeables aportó la única nota de color, y las gotas de agua que caía de ellos pintaron el suelo de lunares.

—Mira, Eva, y luego dice mamá que no limpiamos nuestro cuarto ¡Anda que si viera esto!

—Qué miedo, parece la casa de los Adams —opinó mi hermana, escondiéndose detrás de mí— Quiero irme a casa.

—Pues yo no me voy. Ya que hemos entrado, habrá que investigar un poco. Parece ser que no hay nadie, seguro que la puerta la ha abierto el viento.

Dejamos las mochilas en el suelo, al lado de la puerta, que preferimos dejar encajada por si había que salir corriendo. Busqué un interruptor de luz. Pasito a pasito, con mi hermana a la espalda agarrada a mi cintura, conseguí encontrarlo, y resultó ser igualito a los de la casa del pueblo de mis abuelos: de los de pellizco. Solté una risita al recordar las palabras de mi abuelo que, en vez de pedir que encendiéramos la luz, decía: «Niña, dale un pellizco a la pared»

—María, ¿de qué te ríes? Tengo miedo.

—Pues haberte quedado fuera.

—Es que no me puedo despegar de ti.

—Entonces, te callas.

En aquel momento no tuve piedad por mi hermana, aunque sentía cómo le temblaban los brazos. Giré el interruptor, y un chasquido de luces titilantes lo invadió todo hasta que se acabaron de encender. Milagrosamente había luz, pero en el mismo instante en que las bombillas emitieron calor, el polvo y las telarañas empezaron a chamuscarse soltando un humillo pestilente, y un olor a quemado lo inundó todo.

—¡A que quemamos la casa! —apuntilló mi hermana.

Entonces, me apresuré a apagarlas. Asustada, inhalé aire para respirar hondo, pero, antes de expulsarlo, se escuchó una voz de mujer que salía de la oscuridad que hizo que, en vez de exhalar el aire, de mi garganta saliera un grito desgarrador. Mi hermana, muda y trémula, se apretó tanto a mí que casi me rompe por la mitad. Portando un candil, apareció ante nosotras una señora muy, muy mayor, que entonces nos pareció de doscientos años. Vestía de luto riguroso y de su cintura colgaba un cordón de hábito; llevaba la cabeza cubierta con un pañuelo, negro también, anudado al cuello. Un rosario de cuentas de madera oscura envolvía una de sus manos. Su cara, arrugadísima, se asemejaba a la imagen de las brujas de los cuentos; sin embargo, su voz sonaba suave y serena.

—¡Hola! ¿Por qué gritas? Siento haberos asustado. Me llamo Petronila ¡Qué alegría me da recibir visita! Venid a la cocina, que tengo magdalenas.

Mi hermana murmuraba: no, no, no. Yo quería salir corriendo, pero unos invisibles zapatos de cemento me lo impedían, y no podía despegar mis pies del suelo.

La señora avanzó, tendiendo hacia nosotras sus nudosas manos.

—Vamos, pequeñas, no tengáis miedo. Sois bienvenidas, me gustan mucho los niños.

—Seguro que para comérselos —masculló mi hermana.

Pero yo, sin saber por qué, acepté la invitación de aquella desconocida y comencé a seguirla tirando de mi pesada carga hacia delante. Pasito a pasito llegamos a la cocina, que presentaba el mismo aspecto deplorable que el resto de la casa. Otro candil iluminaba la estancia y, sobre la mesa, un puñado de magdalenas envueltas individualmente, descansaban rodeadas de polvo.

—Sentaos, vamos, no seáis vergonzosas, podéis comer las que queráis, a mí me las dan todos los días —decía la señora, retirándonos unas sillas que sacudió con un trapo gris, levantando una nube de polvo— Como veréis, la casa está algo sucia...

—¿Algo?! —se oyó decir a mi hermana. A la que pellizqué la mano para que se callara.

—Sí, querida, es que Poncia, la criada, no viene desde que se marchó mi padre, pero en unos días volverán los dos.

Aunque yo también tenía miedo, aquella mujer me transmitía algo especial, sentía que no quería hacernos daño, y la curiosidad por saber qué ocurría allí podía más que todo lo demás.

Me costó Dios y ayuda separar las manos de mi hermana de mi cintura y hacerla salir de detrás de mí para poder sentarnos. La señora se puso muy contenta y nos acercó las magdalenas para que las alcanzáramos. Ella se sentó frente a nosotras.

—Vamos, comed todas las que queráis. Ahora no tengo otra cosa, hasta que mi padre vuelva...

Mi hermana me susurraba al oído que el padre de la Petronila sería Matusalén, que las magdalenas estaban envenenadas, y cosas por el estilo. Yo le chisté y empecé a interrogar a la señora.

—Y, ¿dónde ha ido su padre?

—Bueno, en realidad no se ha ido voluntariamente —posó el rosario sobre la mesa y besó la cruz— Vinieron a por él, pero porque se equivocaron de persona. En cuanto se aclare todo, lo traerán de vuelta.

—¿Quiénes se lo llevaron?

—Unos hombres armados —contestó la mujer en un susurro, con la vista perdida en sus pensamientos.

Nosotras nos mirábamos. Mi hermana, con el dedeo en la sien, me indicaba que estaba como un cencerro, pero yo no me bajaba del burro.

—¿Qué día se lo llevaron, y a dónde?

—Pues hará unas semanas —contestó, sin dejar de manosear el crucifijo— Exactamente... el treinta de julio, sí, fue el jueves treinta de julio.

Mi hermana, que se había convertido en Pepito Grillo, me seguía susurrando todo lo que se le ocurría.

—Te lo dije, esta está loca, ¡pero si estamos en febrero! ¡Vámonos de aquí antes de que nos coma!

—Es muy mayor —le susurré yo a ella—, seguro que se ha despistado un poco...

—¿Un poco?! —casi gritó— consiguiendo que Petronila saliera de su letargo.

—Sí, pocos días, ya no tardará —suspiró— ¿Queréis ver su cuarto? Está lleno de libros.

Yo decía que sí, queriéndome levantar de la silla. Mi hermana decía que no, tirándome del impermeable para que me sentara de nuevo; así, varios intentos hasta que lo conseguí y ella no tuvo más remedio que seguirme, colgada de mi brazo. Anduvimos detrás de la señora, que, candil en mano, iba retirando telarañas para abrir camino. Las maderas del suelo crujían a nuestro paso y la escalera por la que subimos parecía a punto de desplomarse.

Era cierto, la habitación estaba repleta de estanterías cargadas de libros; sin embargo, la nevada de polvo que cubría toda la casa, se había ensañado especialmente con ellos, ocultando sus títulos y autores. Comprobamos que en aquella habitación era donde se encontraba el balcón que veíamos desde la calle, el de la bandera hecha jirones. Decidí entonces pedir permiso a la señora para abrir un poco las puertas del balcón. Ella asintió con la cabeza. Una luz grisácea iluminó la estancia. La lluvia había cesado.

—Pregúntale por la bandera, la bandera, pregúntale— insistía mi hermana. Petronila, cansada de la subida, se había sentado en la cama, ignorando el chirriar de muelles. La pobre mujer seguía perdida en sus pensamientos de tal manera, que me produjo compasión. Se la veía tan delgadita, tan arrugada, aferrada a su rosario, que me acerqué a ella, me senté a su lado, e hice que mi hermana nos acompañara; el chirrido de los muelles se convirtió en quejidos de dolor. Entonces, sentí el impulso de acariciarle una mano a la anciana. Ella me miró con dulzura, y sonrió levemente.

—Señora, ¿la bandera del balcón, también era... es de su padre?

—Sí, claro —contestó, dirigiendo su mirada hacia ella— Es preciosa, ¿verdad? —su cara se iluminó con una sonrisa infantil— Mi padre siempre tiene colgada una bandera, siempre; además, esta es nueva, solo lleva ahí unos meses, por eso está tan bonita y colorida...

El discurso de la señora quedó interrumpido por unas voces que subían por el hueco de la escalera.

—¡Doña Petronila! ¡¿Está ahí arriba?! —pregonaba una voz de hombre.

—¡Baje, mujer, no nos haga subir por la ruinosa escalera! —gritaba una voz de una mujer— ¡Sabemos que está ahí, no nos haga ir a buscarla, por favor!

—Siempre lo mismo —insistía el hombre— cualquier día de los que venimos a por ella, se nos cae la casa encima.

Petronila se levantó de la cama, nos lanzó sendos besos con la mano y comenzó a bajar la escalera, acompañada de su rosario. Nos quedamos de piedra y corrimos a asomarnos al balcón, que crujía como todo lo demás. Abajo, en la puerta, una ambulancia recogía a la señora. La bandera, de cerca, era igual de confusa que de lejos, pues los colores, irreconocibles por el paso del tiempo, la convertían en anónima, desconocida, apátrida.

—¡Te lo dije! Está loca de remate —insistía mi hermana— Seguro que se la llevan al manicomio, nos hemos librado por los pelos. Como mamá se entere...

Yo la escuchaba de fondo, mientras escudriñaba en el escritorio del padre de Petronila, donde, desordenadas, esparcidas y bastante amarillentas, unas cuartillas escritas a pluma —una pluma seca que, junto al tintero, también seco, se encontraba entre los papeles— contenían mensajes o notas. Esforzándome mucho, conseguí descifrar algunas frases y párrafos, pero el que aquí nos interesa, decía:

España 30 de Julio de 1936.

.....Hoy vendrán a buscarme. Como no he hecho daño a nadie, espero que todo se aclare y pueda volver pronto; sobre todo porque mi hija me necesita. Le he dado instrucciones a Poncia para que la cuide y mantenga la casa.....